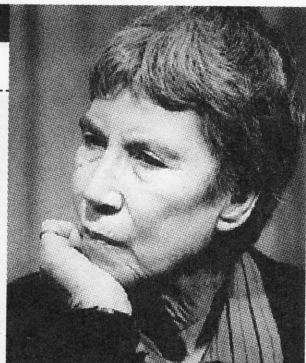


Las pequeñas virtudes

NATALIA GINZBURG. TRAD. CELIA FILIPETTO. EL ACANTILADO, 2002. 11 EUROS



ARCHIVO

“Mi oficio es escribir, y lo sé muy bien y desde hace mucho tiempo”, con esta frase redonda comienza Natalia Ginzburg el ensayo que dedica, en *Las pequeñas virtudes*, a la tarea o arte de escribir, sin duda el auténtico hilo de Ariada de una existencia vivida con intensidad e infinito desgarró.

NACIDA en Palermo en 1916, se formó al margen de la escuela en Turín, en el seno de una familia de científicos judíos y de políticos de nombadía. Comprometida con la resistencia clandestina al fascismo, experimentó el destierro, el encarcelamiento y la muerte a manos de los alemanes de su marido Leone Ginzburg, eminente estudioso de la

literatura rusa, perteneciente como ella al grupo fundador de la editorial Einaudi; en el mejor ensayo del libro, “El hijo del hombre”, describe con sabia frialdad las marcas indelebles que la violencia política deja en el espíritu. Natalia Ginzburg escribió novelas tan importantes como *El camino que va a la ciudad*, *Las palabras de la noche* y, sobre todo,

Querido Miguel. Como señaló Carmen Martín Gaité, para Ginzburg “la elevación de lo particular y cotidiano a categoría filosófica tiene lugar con una frescura y naturalidad que logran llegar hasta lo más abstracto, sin desprenderse nunca del hilo concreto de su experiencia como mujer dotada de una capacidad de observación poco común”. Los ensayos de Natalia Ginzburg mantienen dichas virtudes, al hablar de las pequeñas y grandes cosas de los hombres: de unos zapatos rotos en los tiempos de miseria y guerra, de su querido Cesare Pavese, con quien compartió esperanza y trabajo en aquella primera Einaudi, del si-

lencio, de la necesidad de educar a los hijos en la virtud de la magnanimidad.

El libro afronta las luces y sombras del presente, pero al mismo tiempo se inserta con toda naturalidad en la tradición el ensayo autobiográfico de los moralistas franceses; está estrechamente emparentado con Montaigne, en la medida en que la escritura conforma una identidad que, ajena a cualquier forma de autocomplacencia o melancolía, obtiene de ella pequeñas referencias teóricas con las que enfrentarse sabiamente con la vida.